

«Si, como dices, soy rey. Para esto he nacido yo y para esto he venido al mundo para dar testimonio de la verdad» (Jn 18, 37).

No podrá, pues, haber acción liberadora de Cristo que no tenga como principio lo contrario a aquello que produjo el cautiverio del demonio; sí, éste actuó con mentira; Cristo lo ha de deshacer con la verdad. Si el diablo incitó a la soberbia, Cristo obrará con humildad.

¿CUÁNDO? Mientras impere la mentira en el mundo, mientras las relaciones entre los hombres, y de éstos para con Dios, sean con ánimo de engañar -de engañarse a sí mismos- la liberación de Cristo no será realidad, menos cualquier otra clase de liberación que pretendan sin Cristo.

¿HASTA CUÁNDO? Cuando haya sido vencido el poder del Demonio.

Aunque los judíos no querían reconocerse dominados por los romanos, afirmaban: «Nosotros somos raza de Abraham y nunca hemos sido esclavos de nadie» (Jn 8, 33), la realidad era otra. Los de Emaús dijeron con esperanza perdida: «Nosotros esperábamos que sería Él el que iba a librar a Israel» (Lc 24, 21). precisamente por que lo esperaban era ante todo, una liberación física antes que la liberación del espíritu. Esta no vendrá mientras reine la mentira en el mundo.

El CUANDO lo marca Jesús con precisión: «Cuando venga Él, el Espíritu de verdad, os guiará hasta la verdad completa» (Jn 16, 13). Y antes había dicho: «conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8, 32). Cada uno de nosotros puede ser hoy mismo libre, si arroja de sí la mentira y acepta la verdad de Cristo.

CUANDO LA LIBERTAD NO SE ENTIENDE: Vivimos invocando al Espíritu Santo y anhelando su verdad, pero ¿realmente nos afanamos en vivir según la verdad? San Pablo advierte: «Hermanos, habéis sido llamados a la libertad, sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes, al contrario, servíos por amor unos a los otros. Pues toda ley alcanza su plenitud en este sólo precepto: 'Amarás a tu prójimo como a ti mismo'. Pero si os mordéis y os devoráis mutuamente ¡mirad no vayáis mutuamente a destruirlos» (Gal 5, 13-15).

En tanto no exista un cambio interior en cada hombre, será inútil hablar de liberación, pues la primera opresión proviene del pecado, y el origen de todas las opresiones es el fruto amargo de él: «Pues me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros» así se queja San Pablo (Rm 7, 22.23).

Para los que viven la vida del Espíritu, en cambio, ya no hay opresión posible, ni interior porque son libres del Maligno, ni exterior, porque no son juguete de las circunstancias, ni de la voluntad de los hombres.

«Ninguna condenación pesa ya sobre los que están en Cristo Jesús. Porque la ley del espíritu que da la vida en Cristo Jesús te liberó de la ley del pecado y de la muerte». San Pedro, después de reprochar a quienes viven en pecado escribe: «Queridos, estando advertidos, vivid alerta, no sea que arrastrados por el error de esos disolutos seáis derribados» (2 P 3, 17).

## TERCER GRADO: DE FORMACIÓN APOSTÓLICA: *Evangelii nuntiandi*

SEGUNDO TEMA: *EVANGELII NUNTIANDI* (para anunciar el Evangelio)  
CURSO DE EVANGELIZACIÓN {lecciones 1 (4) -20 (23)}

### Lección No. 2.- (5) JESUCRISTO EVANGELIZADOR

*Jesús nos enseña a evangelizar por medio de su ejemplo*

#### 6. TESTIMONIO Y MISIÓN DE JESÚS

El Papa nos habla de Cristo y de dos particularidades acerca de la misión que le confirió el Padre: anunciar **el Reino de Dios y su consagración a ese anuncio.**

Comenzaremos por lo segundo: es necesario que entendamos que la misión esencial de Cristo no es otra sino provocar en el hombre el hambre de Dios, el deseo de su encuentro definitivo y perpetuo con Dios, que en suma es ese: «venga a nosotros tu Reino» a que aludimos cada día en el Padrenuestro. Todo lo demás, su vida y milagros, su doctrina, e incluso su muerte y resurrección, son debidos a eso, o para eso.

Lo primero, «en otras ciudades», tomando en cuenta la oportunidad evangélica en que lo pronuncia (Lc 4, 43), dando el adiós a una muchedumbre que trataba de retenerlo indefinidamente; es una llamada de atención, a quienes quieran ser apóstoles: antes de emprender esta donación, ver si son capaces de hacer lo que Cristo: dejarlo todo, hasta su ciudad si es preciso.

El evangelizador no puede circunscribir o limitar sus actividades a un espacio determinado, ni puede tener la estrechez de miras de actuar tan sólo para su familia, su calle, su barrio, su aldea, su parroquia: como su Maestro, siempre estará dispuesto ir allá, donde sea necesario dar a conocer el Reino de Dios, porque el mundo hasta su confin es el espacio que Cristo señaló por término de la predicación (Hc 1,8).

En cambio, señala el Pontífice, en cuanto a la calidad de las personas, si hace una distinción el Señor en lo económico: evangelizar a los pobres. A primera vista parece injusto: ¿Por qué a los pobres? Y ¿los ricos no tienen derecho? En la vida real hemos contemplado hasta indignados a éstos por tal distinción.

Pero también en la vida real hemos admirado el conocimiento a la vez profundo y certero que Cristo tenía del hombre: cuando éste necesita de Dios, entonces le invoca, y le escucha, y se abre a la gracia, y busca y con facilidad encuentra el Reino. En cambio, cuando el hombre, sea por las riquezas, sea por el poder, por la seguridad temporal, por la abundancia de comodidades y goces, se siente "autosuficiente", capaz de todo por sí mismo, difícilmente se acerca a Dios, se le entrega y acepta su Reino. Es esta situación a la que aludía el Señor cuando decía: «Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de Dios» (Lc 18, 25).

Ahora, que se hace necesario dejar bien claro a qué clase de "pobres" o de "ricos" se refiere Cristo: «Bienaventurados los pobres de espíritu -había dicho-, porque de ellos es el Reino de los Cielos» (Mt 5,3), pues

algunos no entienden la distinción que el Señor hace de entre estos.

En verdad y con toda realidad hablaba de los que tienen grandes carencias cuando exclamaba «*evangelizar a los pobres*»; pero también y muy de verdad hablaba de los «*pobres de espíritu*» como propietarios legítimos del Reino.

Y es que la pobreza evangélica se practica, no cuando en forma real no se tiene, sino cuando logra el hombre vivir desprendido de los bienes.

Un pobre real que vive con ambición injusta de lo que no tiene, no escuchará la voz del Evangelio, al igual que el rico, que egoístamente usa de los bienes a su capricho.

En cambio uno que contando con bienes en abundancia, y vive en la actitud de administrador de su Señor, bien escucha la voz del Evangelio, según (Mt 24, 45): «*¿Quién es, pues el siervo fiel y prudente, a quien el Señor puso al frente de su servidumbre para darles la comida a su tiempo?*»

Ciertamente hay muchos ricos así que se cuentan entre los pobres de espíritu (tal como la bienaventuranza) dispuestos a escuchar el Evangelio, como desgraciadamente a los pobres con ambición insana no les entra el Evangelio ni lo ponen en práctica.

Aquí se nos habla ya cierta y concretamente del contenido del anuncio: «*el gozoso anuncio del cumplimiento de las promesas y de la Alianza propuesta por Dios*».

No puede haber mayor gozo –bien entendido– sobre la tierra que encontrar el camino de la verdadera felicidad que sólo existirá en la realización de las promesas eternas, que conseguiremos ciertamente porque contamos con la alianza, con el auxilio de Dios: bellas promesas, pero inalcanzables por la dificultad humana en obtenerlas ¿De qué nos servirán? ¡Pero con la ayuda divina son un hecho para quien escucha el Evangelio! Es el gozo de que Cristo habla en las parábolas de la oveja y de la dracma perdidas y halladas (Lc 15, 5 y 9).

Termina este párrafo haciéndonos ver la importancia de la actividad evangelizadora de Jesús, al punto de que toda su vida tuvo proyección sobre la evangelización: se **encarnó** se hizo hombre para realizar la Revelación directa de Dios; para hablarnos Dios mismo, **la Palabra hecha carne** (Jn 1, 14); **realizó milagros** para que los hombres creyeran admirados de las señales exteriores, y así atendieran al Evangelio, cuyo contenido son sus enseñanzas; para que esa evangelización se propagara en el **espacio** hasta los confines del mundo (Mc 16, 15) y en el **tiempo** hasta el fin del mundo (Mt 28, 20) a todos los hombres (Mt 28, 19).

Echó desde el principio de su vida pública los fundamentos de su Iglesia escogiendo de entre los convocados; en una primera selección los discípulos escogidos de entre la muchedumbre (Lc 10,1) y en una selección más rigurosa a los “*Doce*” “*Apóstoles*”; su **pasión** y su **muerte** son la donación total evangelizadora, hasta que «*todo estuvo cumplido*» (Jn 19, 30); su **resurrección**, que vino a respaldar la autoridad de su evangelización como el mayor de sus milagros, (1 Co 15, 17) y confirmó en la fe a sus discípulos (Hec 2, 32).

*tesoro y la Perla*” nos enseñan la importancia del Reino de Dios, ante cuyo valor todo lo demás no tiene importancia y vale la pena dejarlo por Él; la “*Red*” nos instruye que para ingresar en el Reino “*habrá selección*”, por lo que ni estamos ante un “*Dios bonachón*” que todo lo perdona, ni “*toda religión es buena para salvarnos*”, ni “*Dios es incapaz de condenar a nadie*”.

Nos recuerda esto a San Pablo: «*Porque es necesario que todos seamos puestos al descubierto ante el tribunal de Cristo, para que cada cual reciba conforme a lo que hizo durante su vida inmortal, el bien o el mal. Por tanto, conociendo el temor del Señor, tratamos de persuadir a los hombres, pues ante Dios estamos al descubierto, como espero que ante vuestras conciencias también estemos al descubierto*» (2 Co, 5, 10-11).

Enseguida nos recuerda las parábolas y los principios morales que se consignan en el capítulo 18 del mismo San Mateo, donde aparece manifiesta la bondad y misericordia del Padre que nos ama como a hijos suyos, pero que al mismo tiempo nos pide correspondencia en ver a los demás como nuestros hermanos, hijos del mismo a quien llamamos y tenemos por Padre.

Termina el párrafo con la advertencia que Cristo mismo nos hace sobre la confusión que provocarán en los hijos del Reino los falsos profetas y falsos apóstoles. Aunque para ello cita tan sólo (Mt 24,25), bien puede leerse desde Mt 24, 4, 25, pues todo eso tiene como última advertencia ese «*¡Mirad, que os lo he predicho!*».

## 9. EL ANUNCIO DE LA SALVACIÓN LIBERADORA

El contenido de este párrafo es uno de los problemas más candentes que hoy por hoy se discuten en los círculos de reflexión y entre los estudiosos del Evangelio: si Cristo nos habla de “*liberación*” ¿qué extensión tiene su significado? ¿de qué liberación nos habla? ¿cómo, en qué forma, hasta cuando seremos libres?

¿De qué hemos de ser liberados? Paulo VI es bastante concreto: «*de todo lo que oprime al hombre, pero sobre todo del pecado y del Maligno*». ¿Cómo? Cristo es también claro en esto: «*En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es un esclavo*». Sí, pues, el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres.

LA VERDAD ES LIBERACIÓN: es fácil comprender que la privación de la libertad, la esclavitud, nos llegó por el engaño, por el Diablo: «*Seréis como dioses*’...«*La serpiente me sedujo*» (Gn 3,5, y 13).

La libertad se perdió por el engaño. Querimos de la verdad para ser libres. Hoy día son otros engaños, otras mentiras, otros fraudes, pero la misma pérdida de libertad. Por eso, si por la mentira cayó el hombre en la esclavitud, ha de ser por el camino de la verdad su liberación.

De este modo la misión de Cristo es por el camino de la verdad: «*Y la palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad*» (Jn 1, 14).

parábolas que Cristo siempre comienza con estas palabras: «*El Reino de Dios es semejante a...*»

Para no quedarse en teorías, Pío XI propuso concretamente para implantar el Reino en el mundo: 1) acendrada espiritualidad; 2) sólida cultura religiosa; 3) cooperación decidida de los seglares en la evangelización; 4) realización de la justicia social, 5) atención a las obras de caridad para los necesitados; 6) respeto de los gobiernos a un Orden superior y su reconciliación con Dios.

Así concebía el Reino de Dios sobre la tierra este Papa en 1922.

Sus ideas son hoy tan valederas como lo eran entonces, en vísperas de una guerra tan espantosa como la II Mundial que sólo la paz de Cristo hubiera podido evitar.

Y, como anunciando algunas de las características de este Reino misterioso de Dios, Paulo VI trae a cuento algunos ejemplos: ante todo, nos dice, lo primero que define este Reino es toda la admirable doctrina encerrada en el Sermón de la montaña, el cual el Papa llama la "*carta magna*" del Reino.

Por "*carta magna*" (ne: del latín "*gran carta*") se conoce históricamente el documento que en 1215 reglamentó en Inglaterra el poder del rey, limitando sus atribuciones y concediendo a cambio a la ciudadanía ciertas prerrogativas.

Con esto el Papa nos da a entender que las Bienaventuranzas o principios morales que hemos de observar definen claramente nuestro comportamiento, si queremos tomar parte en ese reino.

De entre ellas hace alusión preferencial a ésta: «*Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*». Vuelve así a poner en primer plano la "*Paz de Cristo*", porque si no hay paz dentro del corazón del hombre, no la habrá tampoco en la sociedad ni en el mundo.

Pero la paz interior sólo existirá cuando, siendo misericordioso. Dios tenga compasión de nuestras debilidades a la medida que nosotros la tengamos de los demás (ne: *misericordia, del latín= compasión*).

La misericordia es la virtud que nos induce tener compasión y ayudar a los que están necesitados espiritual o corporalmente.

Luego nos pide la Exhortación que releamos el capítulo 10 de San Mateo, que trata en su totalidad de la elección y formación de los "*Doce*" Apóstoles. Este capítulo es particularmente formativo para el evangelizador de hoy. Frase a frase debemos tratar de grabarla en nuestra mente y asimilarla en nuestro corazón hasta llegar a vivir al verdadero apóstol.

La siguiente lección del evangelizador se encuentra en el capítulo 13 del mismo San Mateo: las "*parábolas del Reino*": "*El Sembrador*" enseña a recibir y cultivar en nosotros el Evangelio; "*La Cizaña*" que nos previene de las insidias del diablo que pescando como dicen "*a río revuelto*", tratará siempre de arrebatarlos el germen del bien que Dios ha sembrado en nosotros. "*El grano de mostaza*" nos habla de la importancia y extensión del Reino; "*La Levadura*", nos enseña el modo de actuar del evangelizador en sus ambientes para conseguir evangelizarlos; "el

## 7. JESÚS, PRIMER EVANGELIZADOR

En este lugar San Paulo VI quiere dejar bien definida la figura de Cristo como primer evangelizador, lo que tendrá para nosotros consecuencias de gran importancia.

En efecto, siendo Jesús nuestro maestro (Jn 13, 13), preciso es para nosotros aprender de Él a serlo, ya que Él, para enseñarnos siempre hizo uso del sistema de enseñanza mediante **su ejemplo personal** (Jn 13, 15).

Jesús no es sólo evangelizador, sino que **personifica en sí mismo** el Evangelio; Él mismo es el Evangelio en cuanto que su vida entera se vuelve Mensaje para nosotros (Mc 8, 34-35).

Sus discípulos igualmente, han de volverse evangelio frente a los demás, para que crean que Él es el enviado del Padre (Jn 17, 21). Porque los cristianos siguiendo a Cristo se vuelven espectáculo para el mundo (1 Co 4, 9). Un espectáculo que es lo que convence para que otros crean (Hb 10, 32-36).

Para evidencia de la identidad que Cristo tiene con el Evangelio, el Papa cita a San Marcos que declara en la primera frase de su texto: «*Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios*» (Mc 1,1), advirtiendo que en el original griego la palabra "evangelio" "ev" = bueno; "Αγγελιο" = noticia, mensaje, (evangelio significa una noticia buena, feliz) determina primero la dádiva o recompensa que se daba al que entregaba un mensaje hablado o escrito, por la diligencia o esfuerzos desarrollados en entregarlo; y de aquí se pasó a identificar la palabra "*evangelio*" con la noticia en sí. De este modo, ya en cristiano. "**Evangelio**" es la Buena Noticia que Jesús nos trajo de la determinación del Padre por salvarnos.

De este modo San Marcos comienza diciendo: «*Comienzo de la Buena Noticia (Evangelio) de Jesucristo, Hijo de Dios*». Jesucristo es ese magnífico portador de la noticia, ¡de la mejor de las noticias!

La segunda cita que alude aquí el Papa es más precisa y clara en (Rm 1, 1-3), San Pablo empieza a hablar a los Romanos explicando que la Buena Nueva es Cristo mismo: «*Pablo, siervo de Cristo Jesús...escogido para el evangelio de Dios...acerca de su Hijo*»: es pues el Evangelio, la Buena Nueva, acerca de Jesucristo, Hijo de Dios. Es Jesucristo el objeto del mensaje. Jesucristo es el Evangelio mismo. Y el Evangelio es Jesús mismo en Persona.

Notemos aquí la alusión que hace el Papa al Sínodo de los Obispos, como colaboradores de las ideas del documento; no quiere dejar pasar desapercibido el hecho del origen colegial de esta Exhortación, con lo que luce el trabajo en común de los que tienen a su cargo las Iglesias Particulares con el que apacienta la Iglesia Universal: imagen preciosa de la unidad y la Universalidad de la Iglesia.

Y este ser Jesucristo mismo Evangelio, lo llevó hasta las últimas consecuencias, hasta el fin, hasta hacer del Evangelio todo lo perfecto que sólo Dios puede conseguir; y como hombre, hasta la destrucción de Sí mismo por la muerte, al extremo del ser en cuanto hombre.

Esta entrega total de Cristo, San Juan la expresa en pocas pala-

bras de inmenso significado: «*habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*» (Jn 13,1). Esto sólo puede decirse cuando se da todo, hasta la vida y en la forma más cruel.

Mucho debe valer esa Buena Noticia para que Jesucristo mismo se haya ocupado en cuanto a Dios en hacer una obra perfecta de ella, y en cuanto Hombre en entregar su vida por ella. Es que en nuestra mentalidad cristiana a dos mil años de los hechos, estamos acostumbrados a que Jesús resucitó y en Él nuestra segura esperanza de feliz resurrección.

Pero poniéndonos en la mentalidad de aquel momento, tenemos que entender que los hombres de entonces –lo mismo judíos que gentiles– vivían la tremenda tristeza de tener que morir para siempre. Solo así entenderemos porque es tan feliz esta noticia que el Evangelio encierra.

En la segunda parte de este punto deja precisado Paulo VI que no es fácil definir lo que es **evangelizar**. Y no lo es porque se trata de un concepto originado en la mente infinita y misteriosa de Cristo, Dios y Hombre ¿Qué criatura podría llegar a la profundidad de la idea del Salvador?

Y con todo, nos es necesario indagar hasta donde nuestra limitación humana nos permita, qué quiere el Divino Maestro que realicemos cuando nos manda a evangelizar. Es cierto, Él pudo y puede hacerlo infinitamente mejor que nosotros, pero quiso y quiere que seamos nosotros, valerse de nosotros. También nos garantiza que pondrá palabras de eficiencia en la boca de sus enviados en el momento oportuno (Lc 21, 15).

Así mismo existe su promesa de que el Espíritu Santo asistirá a sus evangelizadores de forma admirable, de manera que la eficacia de sus palabras será eficazmente admirable: «*Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre es el que hablará en vosotros*» (Mt, 10, 20). Quien tiene fe no puede dudar de las promesas de Cristo.

Mas eso no nos exime de la dedicación a la preparación humana y personal del misionero. Por ello nos invita el Pontífice a extendernos en el estudio de lo que es evangelizar, penetrando poco a poco, y lo más extensamente posible en **el concepto**, en las **formas de realizarlo**; no como nos parezca, sino **tal como Jesús lo concibió y lo puso en práctica**.

Es mayúscula la importancia de que al evangelizar todo sea hecho siguiendo el ejemplo del Divino Maestro. No nos perdamos en conjeturas de porqué lo hizo así, ni querer enmendarle el modo.

Lo que no podemos hacer es pretender que sí, hay que hacerlo, evangelizar ya, pero con precipitación al hacerlo, sin prepararnos debidamente, llevados por el entusiasmo o por la preocupación por el problema de la falta general de la evangelización, pero qué no sólo nos sale mal, pero ni nos damos cuenta de que lo hacemos mal. La lectura serena y pausada de los Evangelios será el primero y mejor cimiento sobre el que pueda fincar el evangelizador.

Aceptemos la necesidad de una inmejorable preparación, más aún, concluye Paulo VI: nunca acabaremos de prepararnos. Por eso conviene

reparar los grados anteriores que ya hemos cursado y lo podemos hacer sirviendo como directores de ellos: repasamos mientras servimos en ello.

¿Por qué nos habla aquí de la palabra “*síntesis*”? Cuando se quiere llegar al conocimiento de algo, debido a la limitación de nuestra mente nos es necesario estudiarlo por partes, descomponerlo en sus partes para estudiar cada una por separado. A eso le llamamos “*análisis*”.

En cambio, para enseñarlo a otros, una vez que conocemos esas partes, debemos recomponer el todo para que con un concepto completo podamos darlo a conocer. El alumno a su vez comenzará ayudado por nosotros, a realizar la descomposición del “*análisis*”, para llegar después a la recomposición o “*síntesis*”. Es como un rompecabezas que debemos desarmar y rearmar para así llegar a su dominio. Entonces nos será fácil enseñarlo a otros. Pues del mismo modo, el Papa nos invita aquí a proceder a estudiar la evangelización por sus partes componentes, a “*analizarla*”, para luego llegar a su “*síntesis*” y poder enseñarla.

## 8. EL ANUNCIO DEL REINO DE DIOS

Nos recuerda aquí el Papa que el anuncio que Cristo hace tiene un solo contenido: **EL REINO DE DIOS**, y así: (Mt 4, 17) «*Desde entonces comenzó Jesús a predicar y decir: “convertíos, porque el Reino de los Cielos está cerca”*».

Jesús va contra toda injusticia, al dominio de una nación contra otra, como de un hombre sobre otro. Pero, las injusticias nunca terminarán hasta que se implante ese Reino misterioso de Dios.

Cuando este Reino sea realidad en el mundo, el mal acabará de raíz y toda injusticia desaparecerá. Lo otro es como cortar la mala hierba, pero si se deja la raíz retoñará, quizá provocada por los que antes eran explotados. Jesús nos indica: «*Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todas esas cosas se os darán por añadidura*» (Mt 6, 33) para acabar de raíz con el mal. Es lo que el Papa Pío XI aludía cuando difundió el lema: «*La Paz de Cristo en el Reino de Cristo*», en su encíclica de profunda sabiduría “*Ubi Arcano Dei*”. (ne: “*desde lo secreto de Dios*”) año de 1922.

Implantado el Reino de Dios, como un absoluto en el cual se encierra y queda comprendido, todo lo demás que suceda y se considera importante será verdadero en relación con “*todo ese bien*”; por eso Paulo VI les llama “*relativas*” a todas las demás cosas. Mientras tanto, los hombres hablarán y prometerán, produciendo en el mejor de los casos únicamente un bien relativo.

¿CÓMO SERÁ ESE REINO? Definir el Reino de Dios es muy difícil por lo complejo, es decir, porque sus aspectos y componentes son muchos.

Por eso Cristo prefirió describir el Reino a base de parábolas, de narraciones sencillas que, una a una, nos van describiendo poco a poco cada uno de esos aspectos, de manera que bien podemos reunirlos, reunir todos para llegar a tener, sino la definición, sí una idea bastante redondeada de lo que es el Reino de Dios.

Así que conviene acudir al Evangelio y repasar todas esas bellas